

## La última trinchera

Fernando Butazzoni

*Cuando yo tenía siete años me encontré con un libro de tapas amarillas de la colección Robin Hood. Era la “Historia Verdadera de Buffalo Bill”, escrita por un desconocido señor llamado Allan Pocket. Allí me enteré cómo era la técnica utilizada por los siux para avanzar invisibles por la pradera, y cuál era el secreto de la fabulosa puntería de Calamity Jane. Supe que Buffalo Bill se llamaba en realidad William F. Cody, que había nacido en un pequeño y violento pueblo de Iowa en 1846 (es decir, el mismo año que nacía en Montevideo el conde de Lautréamont) y que a los 14 años se marchó a trabajar a las minas de oro de Colorado. Parece que el tipo corrió durante un tiempo la posta del Pony Express, y que en la guerra civil estuvo del lado yanqui, sirviendo como escucha y explorador en algún sitio impreciso del frente occidental.*

De todo eso, y de muchas cosas más, me fui enterando durante una inolvidable semana de 1960, cuando fui transportado por la magia de la lectura hasta aquel universo atractivo y terrible del Lejano Oeste.

Podría pensarse que mi memoria ha quedado fijada en ese momento iniciático, pero resulta que tengo la extraña capacidad de recordar con bastante precisión no solamente las historias o contenidos de los textos, sino también los lugares en los que he leído cada uno de los libros que han llegado hasta mí. Todos o casi todos. Y también recuerdo, en la mayoría de los casos, las emociones que esos libros me han producido. No es una virtud, pero sí lo considero un don, porque esta memoria algo desproporcionada me genera permanentes vínculos con lugares, personas y episodios del pasado. Podría enumerar, una por una, las circunstancias en que leí buena parte de los libros de mi biblioteca, desde “El prisionero de Zenda” hasta “El viejo y el mar”, pasando por el infaltable “Libro Rojo” de Mao, las truculencias del señor Ripley entre buganvillas y cadáveres, las descacharrantes andanzas gauchescas de Mario Arregui, y muchos otros. No se trata de enarbolar una erudición que no poseo, sino de transmitir apenas esa sensación incomparable de haber vivido muchas, muchísimas vidas y haber viajado a todos los confines de éste y de otros mundos, a través de los libros.

Todo esto tiene que ver con una serie de datos inquietantes que vienen de aquí y de allá, de nuestro propio país y de respetables centros de la cultura mundial, referidos al libro, a las perspectivas de la lectura y a los “mecanismos de renovación” (así lo dicen) de los llamados “soportes de conocimiento”. El poeta chileno Raúl Zurita definió una vez a la poesía como “la última trinchera” para un cierto espíritu humanista y humanizado, frente al arrollador avance del conocimiento tecnológico, ajeno por completo a lo que podríamos llamar las Humanidades, o más sencillamente ajeno al Hombre. Tengo para mí que, con generosidad, podríamos cavar esa trinchera junto a Zurita y decir que el libro terminará siendo la última trinchera. Y conviene aclarar que nos vamos a meter en una trinchera sometida al bombardeo permanente de fuerzas muy superiores en recursos, que pueden aplastarnos sin más.

Los datos son significativos, por no decir escalofriantes. Es verdad que el proceso de alfabetización muestra, en las últimas décadas, un leve crecimiento porcentual en el mundo, pero el número de analfabetos es cada vez mayor y en términos numéricos ya ha superado largamente los 1.500 millones de personas. En 1980 había, según UNESCO, una tasa de analfabetismo en el mundo (es decir un promedio irreal y hasta ofensivo, en el que se ponen en una misma bolsa el 85 por ciento de analfabetismo de Haití y el 2 por ciento de Dinamarca) del 28,6 por ciento de la población mundial. Esto correspondía a unos 820 millones de individuos. Cinco años más tarde, en 1985, la tasa había descendido al 28 por ciento, pero el número total de analfabetos trepaba a 900 millones de personas. Algunas estimaciones sitúan, como está dicho, en unos 1.500 millones el total de analfabetos en el año 2004. Y esto sin contar los llamados “analfabetos funcionales”, es decir unos 2.000 millones de personas más que apenas si saben firmar y leer dificultosamente algunas oraciones sencillas, pero que no practican de manera habitual ni la lectura ni mucho menos la escritura.

No hay que ser muy perspicaz para imaginar en qué áreas del mundo se encuentran los grandes bolsones de analfabetismo: África, algunos países árabes del Asia y algunos países de América Latina (Guatemala, Ecuador, Perú, Haití, Bolivia). Esto no significa que el analfabetismo funcional real no sea un problema gravísimo en toda América, en todo el continente africano y en buena parte del sudeste de Asia. Pero hay más: en muchos de los países ricos, con EEUU a la cabeza, hay graves problemas de analfabetismo focal: hispanos, negros y pobres. Un elemento clave para entender la cuestión lo aporta la propia UNESCO, al señalar que los únicos países de América Latina que han realizado esfuerzos institucionales exitosos en campañas de alfabetización en el último medio siglo han sido Cuba y Nicaragua. El primero a partir de 1959, y el segundo a partir de 1980, es decir que los procesos revolucionarios en ambos países fueron los soportes institucionales que permitieron combatir de manera eficaz el analfabetismo en el continente. Ni siquiera los EEUU, con todos los recursos materiales e intelectuales disponibles, ha logrado superar el desafío, pese a que lo ha intentado reiteradas veces. Ya en 1966 Robert McNamara (nada menos que

Robert McNamara) había fundado la asociación “*Reading is fundamental*”, destinada a combatir el analfabetismo urbano en las grandes ciudades. Barbara Bush, la madre del actual presidente de aquel país, creó la “*Foundation for Family Literacy*”, que tuvo un fuerte respaldo de la Casa Blanca, ya que su marido era por entonces presidente. El año 1989 fue proclamado en EEUU el “*Year of the Young Reader*”, al año siguiente se creó la “*National Literacy Act*”, una ley para combatir el analfabetismo, y 1991 fue llamado el “*Year for the Lifetime Reader*”. Pero todo parece haber sido en vano.

En Europa la situación no es demasiado diferente, aunque es despareja. Algunos países como Gran Bretaña y Suecia tienen fuertes corrientes de lectores, políticas de estímulo al libro y a la lectura y campañas permanentes para destrabar los procesos de alfabetización allí donde fueran necesarios. Sin embargo España, con su pompa y esplendor del cuarto centenario del Quijote, con su pujante industria editorial y su Real Academia, no ha podido revertir un proceso que algunos llaman de “embrutecimiento” de su población y que consiste en una creciente dificultad para crear y sostener circuitos de circulación de ideas y conocimientos a través de la lectura. Las cifras son contradictorias, aunque sólo en apariencia: en 2001 se publicaron en España, según datos de la Agencia del ISBN, 67.012 títulos, lo que equivale a 175 títulos por día. España es el quinto país del mundo en producción editorial y el tercero de Europa. Muchos se preguntan dónde van a parar todos esos libros, y la respuesta es algo bizarra: se venden, pero no se leen. En efecto, un alto porcentaje de la población española (arriba de un 30% según algunos estudios, arriba del 40 según otros) declara no haber leído ningún libro en el último año. La moda, el consumo, los regalos, son parte de ese circuito de compra y venta de libros, pero no de lectura.

Deberíamos pensar, si queremos pensar en términos de futuro y de Humanidad, qué ocurrirá dentro de quince o veinte años con las poblaciones de esos países que se sostienen a partir de un complejo sistema de producción intelectual (de ideas, de discursos, de tecnologías), si finalmente es desterrada o cae en desuso la habilidad de leer y escribir. Parece una antiutopía, una pesadilla similar a la de Bradbury en “*Fahrenheit 491*”, pero los hechos se encaminan en esa dirección.

Los procesos de dominación tienen un componente sustancial vinculado a la falta de circulación de las ideas. La anomia termina por imponer códigos de comportamiento y de aceptación que, de otra manera, serían rechazados y combatidos. Por ello, no parece descabellado pensar en la conveniencia de ponernos entre todos a cavar esa trinchera de la que hablaba Zurita y en la que pretendo refugiarme. Hay muchas cosas que se pueden hacer, tanto desde el espacio individual como desde los ámbitos colectivos. Si es verdad que cuando un viejo muere hay una biblioteca que se quema con su memoria que se pierde, también debe ser cierto que cuando una persona aprende a leer hay un universo entero que se descubre.

